

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 188.

Alicante 4 de Julio de 1874.

Año V.

BIOGRAFÍA DE PIO IX.

I.

En una villa de la Marca de Ancona, en Sinigaglia, la antigua *Sena Gallica*, el 13 de Mayo de 1792, un niño acababa de ser puesto en una cuna del palacio de una noble y antigua familia.

Este niño era Giovanni-Maria-Battista-Pietro-Pellegrino-Isidoro *Mastai Ferretti*, y debía llamarse más tarde Pio IX. Su padre, gonfalonier de Sinigaglia, se llamaba el conde Girolamo Mastai Ferretti, y su madre Caterina Solazzi. Hacia fines del siglo XVII, en recompensa de numerosos y brillantes servicios, los Mastai recibieron el título de conde del príncipe Farnesio, duque de Parma y de Plasencia. A consecuencia de un enlace matrimonial con el último vástago de la familia Ferretti, añadieron este último nombre al suyo.

Los primeros años del joven Mastai corrieron dulcemente en el hogar paterno; pero la tempestad había estallado en Francia, y no había de tardar en cernerse sobre el resto de Europa. Los soldados de la República descendieron á Italia y se apoderaron de las Marcas.

El padre del Papa actual, completa-

mente ligado al ilustre y venerable Pio VI, fué forzado á someterse á la dominacion extranjera. El niño habituado por su madre á guardar en su corazon el respeto mas profundo á los Pontífices sucesores de San Pedro, tuvo desde entonces que rogar, en medio de las lágrimas de su familia, para obtener la cesacion de las tribulaciones del Vicario de Jesucristo, que habia sido hecho prisionero. Lo hizo con todo el fervor de su jóven corazon, no sospechándose apenas que un dia, prisionero á su vez, el mundo habia de dirigir las mismas súplicas á Dios por Pio IX despojado y cautivo.

A la edad de 12 años, Giovanni-Maria (Juan Maria) Mastai entró en el colegio de Volterra (Toscana), donde se hizo notar por su dulce piedad, su aptitud y su celo por el estudio y su angélica caridad. En seis años cumplió el curso regular de sus estudios; tenia 18 cuando vino al hogar paterno, cerca de su noble madre, á buscar las inspiraciones para la eleccion de una carrera.

El mundo temblaba aun por el ruido de las armas. Las almas generosas son siempre sensibles á la gloria; el joven Mastai, naciendo á la vida en semejante época, participó necesariamente de la influencia de su tiempo. La carrera militar le halagó completamente; soñaba,

como tantos otros, con llevar una espada y tomar parte en los grandes acontecimientos que se estaban desenvolviendo en Europa; pero se sentia al mismo tiempo poderosamente atraído hácia la Casa del Señor, como advertido de las extraordinarias gracias que le estaban reservadas.

Su vocacion se decidió al punto; su ardiente piedad le impidió realizar su efímero deseo; resolvió entrar en las órdenes, y, reconociendo la vanidad del mundo, consagrarse á Dios.

Una terrible enfermedad, de la que era víctima, pareció ser, por el pronto, un obstáculo insuperable á la entrada del jóven Mastai en el estado eclesiástico, y parecia cerrarle para siempre las puertas del santuario.

No obstante, partió para Roma con el objeto de comenzar allí sus estudios teológicos, y encontró, en los auxilios que le dió el Papa Pio VII, con el cual su familia tenia lazos de parentesco, un recurso poderoso para hacerle perseverar en su santa resolución.

Giovanni Maria, á pesar de los nuevos ataques de su cruel enfermedad, no se desanimó; sobre su vocacion, él buscó en la oracion los auxilios que no podia esperar de la ciencia humana; rogó con perseverancia; invocó con fé y amor á la *Consoladora de los afligidos*, y la epilepsia desapareció milagrosamente.

Recibió el sacerdocio, y el 11 de Abril de 1819 celebró su primera misa, en medio de los pobres huérfanos de *Tata Giovanni*.

El abate Mastai, á quien su nombre, su saber, sus virtudes, abrian la puerta á los mas importantes cargos, fiel á su

vocacion de caridad, prefirió un ministerio oscuro en medio de los pobres. Desde luego bienhechor, despues director del hospicio de *Tata Giovanni*, pasó los seis ó siete primeros años de su vida eclesiástica viviendo en medio de estos pobres huérfanos sin proteccion y sin apoyo, imitando al Divino Maestro que dijo: *Dejad venir á mi los niños*. Preludiaba así esta vida de caridad que, desde que ha llegado á ser Vicario de Jesucristo, nos le muestra siempre rodeado de pobres, de enfermos, de infortunados de todas clases, repartiendo liberalidades y palabras de amor para enjugar todas las lágrimas, aliviar todos los sufrimientos. Su fortuna, su tiempo, toda su existencia fueron consagrados á la prosperidad moral y material del hospicio, en donde habia celebrado su primera misa.

Fue un dia de lágrimas para el padre y para los niños aquel en que el abate Mastai, en 1823, fue arrancado por la autoridad del Pontífice reinante de estas santas y modestas ocupaciones, para seguir mas allá de los mares á un vicario apostólico.

Mgr. Muzi habia recibido orden del Papa Pio VII de ir á Chile, á fin de restablecer los negocios eclesiásticos; que las revoluciones continuas de la América del Sur habian colocado en una triste situacion. Se trataba de arreglar con las autoridades republicanas de Chile los derechos y deberes del clero; la situacion temporal y espiritual de la Iglesia en el nuevo Estado. El venerable Pio VII, agregando á esta mision al abate Mastai en calidad de auditor, sabia que daba á su enviado un precioso auxiliar.

La goleta *Eloisa*, á bordo de la cual subió el abate Mastai, se dió á la vela el 5 de Julio de 1823. El viaje no fué mas que una larga prueba, una serie no interrumpida de privaciones y de sufrimientos. Terribles y continuas tempestades pusieron en peligro muchas veces la fragil embarcacion, y el jóven sacerdote, que acababa de abandonar las miserias de la humanidad en la oscuridad de un hospicio, se encontró de repente á presencia de grandes peligros y pavorosos espectáculos. Los desequilibrios de la naturaleza le movieron menos que las miserias de la infancia. Mostró que su alma estaba templada para resistir á las tempestades de otra suerte mucho mas terribles.

Con calma y resignacion, arrodillado sobre una débil tabla, invocó, poniendo por intermediaria á la *Estrella de la mar*, á Aquel que doma todos los huracanes; y la Virgen, que debia mas tarde hacer proclamar *Inmaculada* por el universo católico, oyó su súplica y le hizo arribar á seguro puerto.

Al cabo de ocho meses de sufrimientos, despues de haber sido acusados, abordando á la isla de Palma, de ser cómplices de la revolucion contra España, despues de haber sido robados por un brick de los filibusteros, los enviados apostólicos entraron por fin en el rio de la Plata. Pero no habian llegado aun al fin de sus pruebas. Antes de arribar á Santiago, fin de la mision, les era necesario atravesar en caravana las pampas y la gran cordillera de los Andes, marchar sin tregua de dia sobre la enrojecida arena ó por las grandes selvas sin caminos abiertos; su confianza en Dios

no les abandonó jamás, y hácia fin del mes de marzo Mgr. Muzi y el abate Mastai pusieron sus pies en territorio de Chile.

II.

En Chile, sufrimientos de otro género aguardaban á la legacion romana; gracias á la mala fe del gobierno de esta república, se vió casi reducida á pedir limosna. Sin embargo, estos disgustos y sinsabores no hubieran sido nada para Mgr. Muzi y para su jóven auditor, que se mostró siempre resignado y en la mayor calma, si sus esfuerzos para llevar á feliz término la mision de que estaban encargados, hubieran sido coronados por su buen éxito; pero no se llega á ser revolucionario para nada: miserables sutilezas, dificultades de toda especie, suscitadas por la masoneria, que suministró el mas enérgico apoyo á la revuelta contra España, hicieron tener mal éxito á la mision, y al año justo de haber abandonado á Italia, Mgr. Muzi y el abate Mastai debieron embarcarse, sin haber obtenido ningun resultado.

A la vuelta del jóven auditor á Roma, Pio VII no existia ya; Leon XII ocupaba la cátedra de San Pedro.

Este Pontífice acogió con benevolencia al acompañante del Vicario apostólico. La reputacion que habia adquirido en esta difícil y peligrosa mision, los servicios que habia prestado, no se habian escapado al nuevo Pontífice, y queriendo darle un testimonio de su valor, le admitió á los honores de la prelacion.

Pio VII le habia ya nombrado canónigo de Santa Maria *in via Lata*, construida sobre la prision de San Pablo.

Estas dignidades no cambiaron el corazón del abate Mastai, y no le apartaron de la vida de la caridad, que era una vocación real para su alma tierna y llena de benevolencia.

Nombrado al punto ministro de la comisión directiva del gran hospicio apostólico de San Miguel a *Ripa Grande*, Mgr. Mastai, con una celeste alegría, se encontró en medio de los pobres y de los enfermos, que le amaron y le bendijeron como le habían amado y bendecido los huérfanos de *Tata Giovanni*.

En este nuevo cargo desplegó una capacidad administrativa excepcional, restableció el orden en los gastos del hospicio, que á su venida tenía un presupuesto en déficit, procuró aun á este establecimiento magníficos ingresos é interesó á los aprendices en la prosperidad de la casa, dándoles una parte de los productos del trabajo; en una palabra, regeneró el hospicio de San Miguel.

Para reconocer los nuevos servicios de Mastai, Leon XII le nombró Arzobispo de Spoleto. En el Consistorio del 21 de Mayo tuvo lugar la preconización. El 3 de Junio siguiente, día de Pentecostés, fue consagrado en la iglesia de San Pedro Esliense por el cardenal Castiglioni, que fue mas tarde Pio VIII.

Mgr. Mastai quiso que el primer acto de su vida episcopal fuese un acto de caridad. Escribió á las autoridades de Spoleto para rogarles encarecidamente, invirtiesen en limosnas el dinero que querían destinar á las fiestas para celebrar su entrada en la ciudad. Su ruego fue escuchado y atendido; pero toda la población, el día de su llegada, recibió con gran triunfo á su pastor; se vió cer-

cado por la multitud; nobles jóvenes desataron los caballos del carruaje del nuevo arzobispo y le condujeron, mientras las campanas sonaban á todo vuelo, y estallaban gritos de alegría y de bendiciones. Los ricos y los pobres se confundían juntamente en un himno de amor en torno del nuevo ángel, que la Providencia enviaba á la ciudad de Spoleto.

Las virtudes de Mgr. Mastai brillaron con nueva luz en este eminente puesto. El prelado ocupó cinco años la silla de Spoleto, cinco que consagró con un admirable sacrificio á la administración de su diócesis, compartiendo todo su tiempo entre los deberes de la religión y las necesidades de los pobres.

Si durante este tiempo tuvo grandes consuelos, tuvo también el dolor de ver algunos de sus diocesanos tomar parte en la insurrección de 1831, que fue el primer signo de despertamiento en Italia de la sección anti-cristiana, adormecida después de la caída de Napoleón. Los austriacos acudieron; estaban á las puertas de la ciudad preparándose á terribles represalias.

Mgr. Mastai, no viendo el peligro que corría, sino pensando únicamente en las desgracias que amenazaban á sus hijos, salió de su palacio, se dirigió hacia las puertas de la ciudad, y, nuevo Leon el Grande, fué á encontrar al general extranjero. Por su dulce elocuencia, el santo Pontífice llegó á triunfar de su justa cólera.

«Perdonadles, dijo el Obispo, yo me encargo de desarmarlos sin que tengáis necesidad de acudir á medios de rigor.»

Mgr. Mastai, en efecto, habiendo re-

gresado á la ciudad, calmó la efervescencia popular; la rebelion era sofocada por la caridad.

Los austriacos se alejaron, pero la ley tenia que arreglar una severa cuenta; un agente de la policia romana vino á Spolletto, hizo una lista de los principales culpables y la enseñó al Arzobispo.

«Pio IX es justo, no es justiciero, ha dicho con mucha razon uno de los más grandes escritores de nuestra época, M. Luis Veuillot. Es una tacha que le hará a historia, y que el Pontifice actual divide con el sinnúmero de sus antecesores. Los representantes de Jesucristo en la tierra se sirven siempre más de la misericordia del Maestro, que de su justicia.»

El corazon de Mgr. Mastai se desgarraba pensando en la suerte que esperaba á tantos desgraciados extraviados; encontrándose en presencia del agente del gobierno, y queriendo salvarles á todo precio, permaneci6 algunos instantes en silencio, tomando en sus manos la lista de la proscripcion, cuando por una inspiracion instantánea dijo al empleado de policia:

«Amigo mio, cuando el lobo quiere devorar los carneros, no debe prevenir al pastor del ganado.»

Al mismo tiempo arrojó al fuego la lista, sobre la cual estaban inscritos los nombres de los culpables.

El Arzobispo fué reprendido por el soberano Pontífice, y no sin razon, ciertamente; pero la cuchilla de la justicia debió volver á entrar á su funda; casi todos los conspiradores de la ciudad de Spolletto fueron arrancados por esta generosidad de su Obispo.

Por otra parte, nadie conocia aun la

secta. El primero que escudriñó en los libros sagrados sus huellas y procuró colocarse sobre ellas, siguiendo sus pasos, fué el reverendo Padre Bernaba Bernardino Negreni, que public6 en 1861 su gran obra *Delti ultima persecuzione della Chiesa et della fine del mondo*. Despues de él vino M. de Camille, que confirm6 los descubrimientos de su antecesor, los completó y describi6 los medios de accion de la secta sobre la sociedad. Sus dos volúmenes llevan el título de *Storia della Setta Anticristiana*, y no aparecieron hasta el año 1871.

En los movimientos revolucionarios de 1831 nadie veia la mano oculta que agitaba todo el negocio. No se tenia ante la vista más que jóvenes bulliciosos y exaltados, que reclamaban la independencia de su pais y la mayor parte eran de una perfecta buena fé. A esto solo limitaban sus aspiraciones, siendo instrumentos inconscientes de una aspiracion terrible, cuya manifestacion reservaba la Providencia para una época ulterior.

Hacia el fin de 1832, Gregorio XVI trasladó á Mgr. Mastai á Imola. Bajo su activa administracion las iglesias fueron embellecidas, los clérigos pobres gratuitamente acogidos en el Seminario diocesano, asilos abiertos á los huérfanos de ambos sexos, la instruccion hecha accesible á la clase de los niños pobres, hospitales ricamente dotados, en fin, la caridad de Giovanni Mastai fué allí, como en todas partes, sin limites.

El Soberano Pontífice, reconociendo el mérito del Arzobispo-Obispo de Imola, le creó Cardenal en el Consistorio de 14 de Diciembre de 1840.

Hacia catorce años que el Cardenal

Mastai ocupaba la silla episcopal de Imola, cuando Gregorio XVI murió. Solicito en el cumplimiento de su deber de príncipe elector de la Iglesia, se dirigió á toda prisa á Roma, donde el cónclave debía reunirse. Durante este viaje, en Fessombrone fué cuando una paloma blanca, descendida de lo alto de los aires, vino á posarse sobre el carruaje del Arzobispo-Obispo de Imola. Los habitantes de este país que habian acudido á contemplar la dulce majestad de su Eminencia el Cardenal Mastai, apercibiéndose de esta paloma, que nada la asustaba y permanecía en el carruaje, exclamaron:

«¡Evviva evviva! Hé aquí el nuevo Papa.»

En efecto, el cónclave ratificó el pronóstico de los habitantes de una pequeña villa.

LAS PROFECIAS MODERNAS.

Carta del obispo de Orleans

AL CLERO DE SU DIOCESIS.

(CONTINUACION.)

Inspirándose en el Concilio de Trento, otro Concilio, particular, es cierto, pero examinado y aprobado por la Santa Sede, el Concilio de Paris de 1849, se ha expresado en tales términos, que no permiten ninguna sutileza de interpretación. El Concilio de Trento, frente al protestantismo, sentía la imperiosa necesidad de poner dique á excesos piadosos, pero de verdadero peligro. En nuestros días puede decirse que, frente á una in-

credulidad más general y armada de una crítica mas recelosa, la cuestión de los milagros contemporáneos es aun más delicada, y por ello el Concilio de Paris ha sido tan terminante y explícito.

«Puesto que, según el Apostol, no se debe creer á todo espíritu, advertimos que nadie debe constituirse temerariamente en propagador de profecías, de visiones y de milagros relativos á la política, al estado futuro de la Iglesia, ó á otras cosas parecidas, circulándolos sin haber estado reconocidos y aprobados por el Ordinario: que los párrocos y los confesores aparten prudentemente á los fieles de acogerlas, y que con tal motivo les recuerden las reglas determinadas por la Iglesia en estas materias; advirtiéndoles expresamente que debe arreglarse la conducta, no conforme á revelaciones particulares, sino con arreglo á las leyes ordinarias de la sabiduría cristiana.»

Ya lo veis, señores; *la propagacion temeraria* de revelaciones y de milagros, y *la demasiado fácil credulidad*, son los abusos manifiestos que el Concilio ha querido impedir. A la afición perjudicial á lo extraordinario, tan contraria á la sencillez de la fé y que enerva la piedad, apartándola de sus grandes deberes y de sus grandes horizontes; á esa tendencia de los ánimos enfermizos, opone oportunamente el Concilio de Paris *las leyes ordinarias de la prudencia cristiana*, tan olvidadas hoy día.

Otros documentos en que no se demuestra menos el espíritu de la Iglesia, ese espíritu de sabiduría, de prudencia y de circunspección, son, señores, los célebres decretos de Urbano VIII, relativos

al culto permitido ó prohibido respecto á los servidores de Dios que no han sido aún canonizados ni beatificados, y á la publicacion prematura é incompetente de sus milagros ó revelaciones. Para remediar, segun el deber de su cargo pastoral, *los abusos cuotidianos*, tal es la frase de Urbano VIII, á que se deja arrastrar una devocion intemperante, prohibió en su célebre decreto de 13 de Marzo de 1625, bajo las mas severas penas, imprimir libros en que se cuenten hechos sobrenaturales con tal carácter, sin haber sido reconocidos y aprobados por el Ordinario, y fijó de un modo terminante el procedimiento que debe seguir el Ordinario en tales casos. Nueve años despues, en 1634, Urbano VIII confirmó por un nuevo breve este decreto, añadiendo disposiciones más severas.

Por estos actos es preciso juzgar á la Iglesia y al espíritu de la Iglesia, y no por la temeridad de los que, á causa de mercantilismo ó de vana credulidad, olvidan sus prescripciones y abusan de su tolerancia.

Al proscribir los abusos no habia querido, sin embargo, Urbano VIII prohibir que se escribiera la vida de los servidores de Dios no canonizados ni beatificados, y referir con prudencia y seriedad las revelaciones y los milagros que puedan atribuirseles. Declaró, pues, que el Prelado podria permitir tales relatos con dos condiciones: 1.^a El historiador evitará emplear la palabra *santo* ó *bienaventurado* de un modo *absoluto*; y 2.^a A fin de que los lectores no se engañen, deberá hacer *declaracion expresa* de que estos milagros y estas revelaciones no han sido aún reconocidos por la Iglesia roma-

na. Entre esto y la publicacion ilimitada de toda clase de profecias y de revelaciones, hay un abismo, y pretender que Urbano VIII ha querido echar abajo la autoridad de los dos decretos y abrir de par en par la puerta á todas las publicaciones posibles, á esas *incalificables mistificaciones*, como decia monseñor el Obispo de Verdum en su carta á los Obispos de Francia el 6 de Febrero de 1849, á esa *taumaturgia de la ignorancia*, á esos *oráculos de contrabando*, como dice un piadoso y docto bolandista belga, á todas las inarrables necedades que nos inundan, es una teoria y una práctica tan contrarias á la verdadera religion, como al buen sentido.

Nos encontramos, señores, hoy dia completamente dentro de los abusos que la Iglesia ha condenado: hay espíritus que sólo sueñan con milagros y profecias (1), y desde que se tiene noticia de algu-

(1) Habia dicho que no entraria en ningun detalle, pero faltó á esta resolucion, poniendo á vuestra vista, á título de ejemplo, las miserias que vais á leer, y que extracto de un grueso volumen de 300 páginas, publicado sin *executur* de ninguna clase.

«Hemos leído en el *Rosal de Maria* (un periódico que lleva este título), y bajo el epígrafe de *Revelaciones importantes*, un pasaje que tiene aquí natural colocacion y que confirma nuestros cálculos y nuestras profecias sobre el Antecristo. El autor de estos artículos habita en Ginebra, y los firma *un francés que ama á Francia*. Es persona relacionada con las primeras capacidades del mundo político y dotada de un talento grave, extenso, juicioso y profundamente religioso. Hé aquí al pasaje:

«Muchos comentadores de las Santas Escrituras consideran próximo el fin del mundo. Un hombre *ilustrado* asegura haber leído una

no de ellos, sin esperar el exámen ni el juicio de los superiores eclesiásticos, usurpando en esto, como en tantas otras cosas, la autoridad competente, la prensa los arroja á los cuatro vientos de la fama: aplicanse intrépidamente á la época actual los oráculos del Antiguo Testamento y las misteriosas revelaciones del Apocalipsis; se exhuman las antiguas profecías, se imaginan otras nuevas, se publican volúmenes de 300 páginas *precisando*, esta es la palabra, *la solución de la crisis actual, el reinado del Antecristo*

revelacion, cuando las matanzas en Siria en 1860, anunciando que estos sucesos se verificarían para festejar el nacimiento del Antecristo.—Otra persona *séria* me ha dicho haber hablado á un personaje que conocia á una dama francesa, la cual habia visto al Antecristo. Cuando le vió, sintióse éste acometido repentinamente de un fuerte cólico. Inquieta su madre, preguntóle lo que tenia, y le respondió:—No lo sé, pero al ver á esa señora he sentido dolores en el vientre. Esta debia ser, sin duda, la señal para que la dama le conociera, y ella declara que es un bello niño de diez á once años.

»Esta señora no es una mujer cualquiera. Ha desempeñado varias misiones de diversos soberanos, y hasta del Papa. Cuando llega á un pueblo cuyo idioma no conoce, entiende lo que le dicen y se hace comprender. Siempre desempeña las misiones sin dificultad. Al llegar al punto donde debe verificarlo, nada sabe; pero al encontrarse delante de las personas á quienes tiene que hablar, las ideas acuden á su cerebro y tiene conciencia de lo que dice; pero, cumplida la misión, de nada se acuerda.»

Otro indicio del fin del mundo.

«Hace algunos meses que un niño de trece años, etc., etc.» El disgusto impide continuar.

¡Hé aquí con qué se alimentan las almas piadosas!

y el fin del mundo. Otras obras aparecen con los títulos siguientes:

Coleccion de profecias antiguas y modernas, relativas al pasado, presente y porvenir, y anunciando especialmente los destinos de Francia, de Europa y de Oriente.

Retratos proféticos segun Nostradamus, ó Napoleon III, Pio IX, Enrique IV, conforme á la historia predicha y juzgada por Nostradamus. El Apocalipsis interpretado por Nostradamus, y las cartas del gran profeta (1).

El director de un periódico religioso tuvo hace algunos años la idea de dar, en folletin, á sus lectores la historia del Antecristo, bajo pretexto de que un periódico, para vivir, tenia que ser un poco excéntrico. Sin una advertencia caritativa y severa, el folletin, segun decia, hubiese durado cien años. Otro referia, bajo la fé de no sé qué extático, lo que pasa en el purgatorio, y hasta los dias de fiesta y de descanso que Dios concede, segun aseguraba, á las pobres almas que están allí expiando (2). Y el hecho es

(1) Es necesario ver la seguridad con que se habla del *gran profeta* que Dios (el camino, la verdad y la vida) nos ha guardado *para dirigir nuestros pasos, quitar el velo á la verdad de los grandes principios sociales y arrancar la Francia á la muerte.*

(2) Tengo á la vista un folleto publicado sin *imprimatur* alguno con este título: *Apariciones proféticas de un alma del purgatorio.*

Y sin embargo, el Concilio de Trento ha dicho (Ses. XXV): Que los Obispos no permitan (¿Quién les pide hoy dia permiso?) que se divulguen respecto al purgatorio cosas inciertas; que prohiban, como objeto de escándalo para los fieles, todo lo que vaya encaminado á curiosidad ó supersticion: *Incerta et quæ*

cierto, señores; cuanto mas excéntricas son algunas publicaciones, mayor atractivo tienen para ciertos espíritus enfermizos; imaginaciones perturbadas, inquietas por el porvenir, que se precipitan sobre este pasto: la especulación aprovecha la tendencia, y los escaparates de las librerías y estamperías religiosas se ven cubiertos de esas pobrezaas, con títulos de efecto, ó anunciando á plazo fijo grandes acontecimientos, por ejemplo:

Al 17 de Febrero de 1874.

¡¡EL GRAN ACONTECIMIENTO!!

¡PRECEDIDO DEL GRAN PRODIGIO!

Los periódicos lo anuncian con estrepitosos elogios, como diciendo *Un libro extraordinario*, etc. y es un libro que aplica á los tiempos presentes Daniel y el Apocalipsis, á pesar de las advertencias del Concilio de Letran. Se ha llegado hasta poner lo sobrenatural en calendarios, y tengo á la vista, anónimo por supuesto y sin pié de imprenta, *El calendario de lo sobrenatural*. La piedad poco ilustrada y la curiosidad perniciosa se apoderan de estas publicaciones, que se venden en cantidades sorprendentes (1). Se las discute en el seno de las familias, y los crédulos no pueden soportar á veces que no se tenga en tales asuntos su misma ciega fé, acusando de incredulidad y

*specie falsi laborant, evulgari et tractari non permittant. Et vero quæ ad curiositatem quamdam aut superstitionem spectant, TAN-
QUAM SCANDALA ET FIDELIUM OFFENDICULA PRO-
HIBEANT.*

(1) Un librero de Paris me ha asegurado que de *El gran acontecimiento* se han vendido 50.000 ejemplares; pero la venta cesó naturalmente despues del 17 de Febrero.

de heregía, sin saber el sentido de estas palabras, á los que se atreven á discutirlos. Naturalmente, de esto se valen los impíos para envolver en sus burlas y desprecios todo lo que es sobrenatural y religioso. ¿Se preocupan acaso estos celosos cristianos de la Iglesia, de sus reglas, prescripciones y espíritu? De ningun modo. ¿Dónde está, pues, aquí el respeto, la docilidad, la prudencia cristiana, la verdadera piedad?

Es necesario ver, señores, lo que, en la mayor parte de estas elucubraciones, se hace con las Santas Escrituras. Jamás se ha abusado tanto de la temeridad de interpretar y acomodar, enérgicamente censurada por el Concilio de Trento. Llámase á esto aumento de direccion para las almas cristianas, y en el caos de tinieblas que produce, apénas encuentro yo mismo luz que pueda servir en algun modo de guía formal á la vida.

(*Se continuará.*)

VARIEDADES.

EN LA MUERTE

DE LA

SRA. D.^a JOSEFA MARÍA PAYÁ Y SILVESTRE.

Adios, adios: no en el cordaje de oro
Trenzadas con encanto
Vense rosas, y lirios, y azucenas...
Triste es mi lira, y su doliente coro
Eco es de amargo llanto
Que la hiel acibara de mis penas.
¡Siempre llorar! En ilusion dichosa
Fórjase el alma un cielo,

Y la vida es gemir, y no reposa
Quien no levanta hasta el azul su vuelo.
¡Siempre llorar! Camino de la tumba
No halla flores el alma sin espinas,
Ni el céfiro que zumba
Lleva á su oído sin dolientes notas
Ni ayes de amargo duelo
Dulces los himnos de su dulce anhelo.

Pinta la aurora del amor la vida;
Trenza fortuna con sus gayas flores
Veste al hombre de rey, y un punto solo
Vive su gloria y su ilusión querida,
Que en el dorado cáliz también vierte
La hiel de los dolores
Con risa impía la implacable muerte.
Así en tu caliz la vertió callada,
Y humilde la bebiste,
Y tu alma pura al elevarse al cielo
Buscando su morada,
Con su victoria nos prestó consuelo.

Huérfanos hoy, con suspirar profundo
Te adivinamos ya feliz y pura
Ante Dios ostentando eternas galas;
Era un destierro para tí este mundo,
Y á la inmortal altura
Movi6 tu fé sus refulgentes alas.
Amargo desconsuelo
Puso llanto en los ojos de tus hijas;
Tu idolatrado esposo
Bebió en copa de hiel amargo duelo;
Tus fieles servidores
Llanto en tu huesa con dolor dejaron;
Nadie te ofreció flores,
Porque marchitas son las que á la aurora
Se visten con colores,
Cuando la tarde en Occidente muere,
Y el trovador que tu recuerdo llora
Ofrenda en su quebranto
Te eleva tierno su amoroso canto.

Dichosas horas de apacible calma
Tu cielo sonreía;
Sueño feliz acarició tu alma,
Dulce ventura al corazón mecía,
Y en torno pavorosa
Velaba ya la parca tu reposo,
Y del mármol glacial bajo la losa,
De tus candidas hijas y tu esposo
Muerta veía la ilusión dichosa.

¡Parca implacable! Ni la flor temprana,
Ni la robusta encina
Hallan piedad en tu segur: tú hieres
Al llanto sorda, y en ceniza vana
Truecas el poderío,
La belleza, la pompa y la hermosura,
So el mudo mármol de la tumba frío.
Nacemos con la aurora,
Y cuando el sol hácia Occidente gira
De magestad y omnipotencia lleno,
De la vida la luz lúgubre espira,
Y como espuma que en la arena muere
Nos deshace tu soplo si nos hiere.

Angeles del dolor, que á la amargura
Dais divinal consuelo!
Bajad desde la altura;
Venid en presto vuelo
Acariciando al trovador lloroso
Que bajo el sauce umbrío,
Y de la luna al rayo desmayado,
En su quebranto impio
Junto á la abierta tumba está sentado.

Dadle lágrimas ¡ay! lluvia sagrada
Que en los heridos corazones brota;
Dadle voz de dolor al arpa amada
Por el quebranto rota,
Al preludiar sus trovas de fé llenas,
Y sus vibrantes cuerdas engalanen
Siempre vivas, y lirios, y azucenas.

La amada del Señor voló hasta el cielo;
Dulce quedó en sus labios ruborosa
La sonrisa postrera, peregrina,
Como en el cáliz de la abierta rosa
La gota cristalina,
Cuando el sol á Occidente se avecina.
Del mundo sorda á la incesante guerra
Qué mueve el vicio al alma virtuosa,
Cruzó, amando, la tierra,
De los pobres hermana cariñosa,
Y eterno lauro y bendecida palma
En el seno de Dios halló su alma.

¡Oh ruin miseria y vanidoso orgullo
Del alma en su alegría!
Do muere la grandeza,
Y es flor liviana la hermosura un día,
Y polvo vil las lisonjeras galas!
¿Qué vale la porfía
De nuestro vano duelo,
Si ángeles somos que al mover las alas
Nuestra patria encontramos en el cielo?
¿Qué valen los tocados
Que el oro embelleció, y en régia cuna
Murada de cuidados
Dulce el ósculo ansiar de la fortuna,
Si triunfadora el alma
Del mezquino placer y el negro encono,
Halla al cruzar la vida eterna palma,
Régia diadema y encumbrado trono?

No lloremos, que su alma vencedora
Con flores coronada,
Ya su destierro y su opresion no llora
Del mundo al lodo atada;
Venció su fé, y en la eterna altura
Cabe dosel de estrellas
Canta feliz su célica ventura;
Sigamos ¡ay! sus huellas;
Y de la fé con las brillantes galas,
Y de su amor con el ardiente vuelo,

Moveremos á Dios las blancas alas,
Dándola besos al llegar al cielo.

Juan B. Pastor Aicart.

Benejama y Junio 28 de 1874.

PENSAMIENTOS

leídos por su autor D. Juan Chau-
mel, presbítero, en la sesión ordina-
ria de la Asociación de Propagan-
da Católica de Alcoy, celebrada en
la noche del 29 de Setiembre del
pasado año.

(CONCLUSION.)

Poner arriba lo que debe estar abajo
y abajo lo que debe estar arriba: en eso
consiste la revolucion.

La revolucion hace lo mismo que Sa-
turno: devorar á sus propios hijos.

Cuando la revolucion quema el dogal
del verdugo, se erige en un poder del
Estado el puñal del asesino: no mata la
ley, pero mata la fuerza.

La revolucion aboga con calor por la
separacion de la Iglesia y del Estado: se-
ñal infalible de que esa separacion no le
conviene á la Iglesia.

La revolucion está interesada en devo-
rar no al Rey ó al sacerdote, sino al sa-
cerdote y al Rey; y torpeza insigne es
pensar que perdonará al Rey, dejándole
que devore al sacerdote.

La revolucion decia que odiaba al Papa
porque llevaba corona de rey; hoy no la

lleva y continúa odiándolo: esta demuestra que lo que irrita á la Revolucion, no es el cetro del Papa, son sus llaves.

—
La revolucion quiere pobre al Clero, pero no para verlo digno, sino para verlo envilecido.

—
Al emanciparse los reyes del arbitraje de los Papas han tenido y tienen que sufrir el arbitraje de las revoluciones; desgracia para los reyes, porque como confiesa el mismo Proudhon, las monarquias que se emancipan del Papa se suicidan.

—
A medida que va perdiendo la Iglesia su influencia social, van siendo mas frecuentes las caidas de los tronos: aprended, reyes.

—
La mejor escolta de los reyes es el afecto respetuoso de sus vasallos.

—
Las revoluciones no se hacen en el orden político si antes no han sido ya hechas en el orden intelectual: el brazo está quieto, sino lo mueve la idea.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve menos cuarto. En Santa María misa mayor á las ocho y media. En la Virgen de Gracia misa de renovacion á las ocho.

Martes.—En las Agustinas á las siete y cuarto misa de renovacion. Por la

tarde á las cuatro vísperas solemnes con el Señor manifiesto.

Miércoles.—En las Agustinas á las nueve gran funcion á la Preciosísima Sangre de N. S. Jesucristo con sermon que predicará D. José Fenoll, cura párroco de Muchamiel. Por la tarde á las cuatro solemnes vísperas como el dia anterior.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion á las siete menos cuarto, y por la tarde á las cuatro el trisagio.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las siete y media.

ADVERTENCIA.

En vista de la lentitud con que se vá verificando la renovacion de las suscripciones que terminaron en Diciembre último, y siendo urgentísimos los pagos que debemos verificar para el sostenimiento del periódico, suplicamos á los señores suscritores que se hallen en descubierto, tengan la bondad de hacer el pago ó renovacion lo mas pronto posible, sino quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

Rogamos, pues, á los que siguen recibiendo el periódico y no han abonado nada á esta Administracion desde el año 1872, se sirvan cubrir su suscripcion ó devolver el periódico para no considerarles ya como suscritores, y de este modo evitar mas gastos á la misma.